

# El encargo ur-gen-te

por Jordi Sierra i Fabra

**A** Aquel escritor estaba verdaderamente preocupado. «¡¡¡Ring!!!»

Todo había comenzado con una llamada telefónica. Él estaba muy tranquilo, trabajando en el guión de su próxima novela, y hasta pensó, optimistamente, que podía tratarse de su editor, para felicitarle efusivamente por la última. Ni que decir tiene que aquel escritor era un redomado optimista. Aún así descolgó el auricular y entonces se encontró con aquella voz.

—Mire usted: vamos a publicar una nueva revista, algo verdaderamente estupendo, y queremos que un cuento suyo aparezca en el primer número.

¿que le parece? Claro que lo necesitamos para mañana mismo. Es urgente. Si no lo tenemos mañana, el dibujante no podrá ilustrarlo, y obviamente... ¡Pero sabemos que un cuento, para usted, no es nada! ¿Verdad? Confiamos en ello, ¿de acuerdo?. ¡Hasta mañana!

El escritor se había quedado con el auricular en la mano, pálido. Vaya, vaya. Sí, desde luego era todo un honor: que una nueva publicación le hubiera elegido para que uno de sus cuentos apareciera en el número uno de la misma era tentador, maravilloso, de primera.

¡Pero menudo compromiso!

—¿Qué hago?— se dijo a sí mismo en voz alta.

Colgó el auricular y se levantó. La cabeza comenzó a darle vueltas. Le sucedía siempre que se sentía nervioso o excitado. Cuando una perspectiva feliz entraba en su vida se desbordaban sus emociones. Luego, al asimilarlas, llegaba la verdadera lucha. Escribir algo bueno, crear algo original, hacer algo personal...

Un cuento. Uno sólo. Y para el primer número de una revista que a buen seguro tendría una difusión masiva, se mirarían los críticos con lupa, y llegaría a todas partes. Hasta las personas que no habían leído nada suyo, o



M. JOSÉ RASERO

## Jordi Sierra

¡Hola! me llamo Jordi Sierra i Fabra y soy de Barcelona, modelo-patente del 47. Una autopresentación siempre es algo que exige dosis de equilibrio y racionalidad, y a la hora de escribir éstas no son precisamente mis principales cualidades. He sobrepasado los setenta libros publicados y

sigo siendo un autor todo-terreno, intuitivo, visceral y espontáneo. Mis obras suelen ser torrentes de sensaciones, bien se trate de una biografía o de una novela policíaca, o de un thriller político, o de un libro de poemas. Comencé a escribir con 8 años; a los 12 ya hice un primer libro «gordo» de 500 páginas y publiqué mi primera obra a los 25. Por entonces era director de dos de las principales revistas de música rock de España, y naturalmente esto se debía a que desde pequeño la música fue mi segunda pasión (el cine es la tercera). Auné la primera, escribir, con la





ALBERTO URDIALES

segunda, y me convertí en comentarista (odio la palabra «crítico») de música y poco a poco en historiador, o cronista, como prefieras. Gracias a la música he viajado por todo el mundo, he conocido a todos los grandes del rock de los últimos 25 años, y he aplicado conocimientos, escenas, paisajes y sentimientos a mis novelas. Es más, suelo escribir con música a tope, a todo volumen, y no me importa mezclar a Stravinsky con los Beatles o al más duro heavy con una sinfonía.

Después de ganar en 1975 el Premio Villa de Bilbao de novela y en 1979 el Ate-

neo de Sevilla, gané por dos veces el Gran Angular de Literatura Juvenil. La mayoría de mis novelas juveniles son libros «de adultos», pero lo cierto es que las diferenciaciones y parcelamientos literarios son más producto de una necesidad ajena que propia. En mi caso esos premios y esas obras me abrieron las puertas de un campo extraordinario al que me lancé apasionadamente. En los últimos años he publicado una docena y media de libros de cuentos, relatos, novelas infantiles y juveniles. No por ello he dejado de escribir libros de todo tipo, poemas, novela negra

(tengo un personaje literario, Daniel Ros, protagonista de mis obras policíacas), biografía, narrativa en general, política ficción, ciencia ficción... y por supuesto la *Historia de la Música Rock*, editada internacionalmente. Sin embargo reconozco que, hoy por hoy, es en el campo de la narrativa infantil y juvenil donde me siento más feliz. Será porque soy un «cuentista», y porque mi fantasía y mi imaginación (desbordada y constante) es donde mejor se ha desarrollado. Será por eso. Será.

Mientras pueda escribir... ■



las que ni siquiera le conocían, le echarían el ojo (y a lo peor el diente) a lo que hiciese.

El escritor se acercó a la ventana. Comenzó a sudar.

—Una cosa es hacer todo un libro de cuentos, pero únicamente uno... —se estremeció.

Y es que para hacer un libro de cuentos, o de relatos, por ejemplo, tenía que imaginar algo así como cien historias, y luego seleccionar las veinte que iban a conformar la obra. De esta manera incluía tres o cuatro de ciencia ficción, tres o cuatro de personas reales, tres o cuatro de animales, tres o cuatro de... Siempre había unas mejores que otras. O sea, que el riesgo se diluía.

Pero un sólo cuento...

Y para el día siguiente...

Ur-gen-te...

Si escribía uno de ciencia ficción, los que preferían las cosas reales arrugarían la nariz. Si escribía uno de cosas reales, los que preferían la imaginación dirían que era un soso, un clásico de la vieja escuela. Si escribía uno con dosis de humor le llamarían frívolo los serios, y si escribía uno con calidad (aunque siempre se había preguntado qué diablos era, de verdad, la calidad) le llamarían «palizas» los de mentalidad abierta. Si escribía...

Hiciera lo que hiciera se la jugaba a una carta.

Claro que él nunca había fallado. Tenía fama de serio, de rápido, de ingenioso, de apasionado. ¿Quién dijo miedo? En peores circunstancias estuvo en el pasado, cuando empezaba, cuando escribía como un loco, como si fuese a morir al día siguiente o le pincharan por dentro todos los demonios. Era cuestión de tomárselo con calma. Después de todo, un cuento se lo ventilaba él en un abrir y cerrar de ojos.

—Veamos, veamos...

Regresó a su mesa y cogió algunas de las libretas de anotaciones. Tenía media docena, llenas de garabatos, ideas, frases, argumentos, apuntes.



Llevaba una encima, porque en cualquier parte y en cualquier momento le venía un destello y no era cuestión de dejarlo perder. A pesar de la libreta, sus bolsillos siempre estaban llenos de papelotes escritos. Las restantes las diseminaba por todas partes.

¿El cuento de un vendedor de ruidos que conoce a un fabricante de silencios y decide cambiar de negocio? ¿El del hombre que nunca ha visto un espejo y que un día al asomarse a un lago y ver su rostro reflejado en la superficie, cree que el lago le ha robado la imagen? ¿El del semáforo aburrido, que se pasa el día haciendo lo mismo, cambiando del rojo el verde y viceversa, pasando por el ámbar, hasta que un día se moja, se estropea y ve el caos que se organiza sin él? ¿El del chatarrero del espacio, que se encuentra una nave de un planeta desconocido llamado Tierra, con mensajes e imágenes del mismo, y en lugar de convertirlo en chatarra deja que siga su curso por el infinito?

¡Ah, tantos y tantos cuentos, y tener que escoger sólo uno!

Era el nacimiento de una nueva publicación, y dedicada a literatura infantil y juvenil. Extraordinario. Debía escribir algo original, fresco, nuevo, diferente, especial.

El escritor estaba hecho un lío.

Siempre se salía con bien de todo, pero aquello...

Dejó las libretas sobre la mesa y volvió a levantarse. Maquinalmente se dirigió hacia un espejo colgado de la pared y se miró en él. Seguro que le habían salido tres nuevas canas en la barba debido a la tensión y las preocupaciones.

Y fue al verse reflejado en el espejo cuando reaccionó.

¿Que veía? ¿Su cara, las tres nuevas canas? No: veía un escritor preocupado, nervioso, indeciso, lleno de dudas. Un escritor con un encargo especial y ur-gen-te.

¿Acaso no bastaba con eso?

El mismo.

Se echó a reír, primero burlándose del ridículo anterior, suavemente, y después mofándose abiertamente de la cara de atún angustiado que se le había puesto. Acabó soltando una carcajada.

—¡Serás bobo! —se dijo en voz alta sin dejar de reír.

¿Cuántas veces lo más natural equivalía a lo mejor de la vida... y de la ficción!

Regresó a su mesa de trabajo. Apartó lo que había estado haciendo hasta un rato antes y lo ordenó en un ángulo. Luego cogió la máquina de escribir (el editor estaba muy pesado con lo de que se comprara un ordenador pero él, tozudo, aún no lo tenía claro) e introdujo en el carro una hoja en blanco. Antes de que sus dedos comenzaran a teclear, respiró con fruición.

Finalmente, la luz.

Y tan simple.

Sus dedos se abatieron sobre las teclas, y letra a letra, sobre la blanca hoja de papel, fueron apareciendo las primeras palabras del cuento:

EL ENCARGO UR-GENTE

Aquel escritor estaba verdaderamente preocupado.

«¡¡¡Riiing!!!»

Todo había comenzado con una llamada telefónica... ■